—Aquí, detrás de esta pared, en donde yo mismo ayudé á enterrarlo.

—¿Cuánto es?

—Como veinte mil pesos.

—Vamos á la obra: ya sabes, si es falso te ahorco; pero si es cierto esta misma noche te dejo ir en libertad.

Ruiz se encontró en efecto enterrados en aquel lugar muchos sacos de dinero y dando cinco pesos al insurgente de la noticia, aquella noche le cumplió su palabra poniéndolo en libertad.

Unico caso de que un insurgente pudiera contar que se habia escapado de las manos del enemigo en toda aquella larga historia de calamidades.

CAPITULO XXXIX

SACRIFICIOS

Despues de la tentativa que habia hecho Mina para apoderarse del convoy de los realistas, el cual hubiera sido un golpe de salvacion indudable para los defensores del fuerte del Sombrero, pues falto Liñan de aquellos elementos hubiera tenido que levantar el sitio, las diferentes partidas por diversos caminos se dirigieron á su cuartel general, que era por entonces el fuerte de los Remedios, mientras que el general se quedó solo con cien caballos de Ortiz que eran los mejor organizados y con ellos dió una carga á un cuerpo de caballeria realista que le salió al paso entre Silao y Leon, logrando destruirlo tan completamente, que el mismo coronel que lo mandaba, fué lazado y arrastrado, ejercicio en que al narrar este lance, dice Alaman, eran muy diestros los insurgentes.

En seguida fué á reunirse con el padre Torres á los Remedios, al cual le dijo despues de referirle el triunfo que acababa de obtener:

—Ahora necesitamos reunir violentamente todas cuantas fuerzas haya disponibles para ir á auxiliar á nuestros amigos del fuerte del Sombrero. No podemos abandonarlos en aquella situacion desesperada.

El padre Torres guiñó un ojo segun su costumbre y le preguntó:

—¿Vuestra excelencia quiere que abandonemos este fuerte?

—Podriamos abandonarlo si fuera necesario para venir á ocuparlo despues; pero creo que quedará bien sostenido con una guarnicion de dos ó trescientos hombres entre los que pueden quedarse los mas reclutas, que siempre son un embarazo en batalla campal.

—Diré solo á vuestra excelencia que actualmente me ocupo en reparar las fortificaciones y en acumular víveres, porque estoy cierto de que Liñan, concluido aquello, tendrá que venirse sobre este fuerte.

—Así lo considero yo si lo dejamos; pero lo que importa es que no lo dejemos. Por ahora tiene allí reunida á toda su gente, de manera que si logramos darle un golpe, ya no vendrá aquí ni á ningun fuerte, sino que tendrá que irse á México á reunir nuevos elementos.

Torres no creia en el golpe, ni creia en que pudiera de ningun modo salvarse á los sitiados del fuerte del Sombrero, una vez que deberian estar próximos á rendirse por la situacion desesperada en que sabia se encontraban por falta de provisiones y contestó con cierta flojedad:

—Está bien, general, hoy mismo voy á mandar emisarios á todas partes para que se reconcentren aquí las fuerzas, y si logramos reunir cinco mil hombres, yo soy el primero en decidir que nos pongamos al frente de ellos para dar un golpe decisivo al campo de Liñan.

En efecto, Torres mandó correos á todas las guarniciones diseminadas en los pueblos y haciendas, que eran por lo general hombres montados sin sujecion á ninguna disciplina, y el general Mina se consagró con ardor en compañia de Novoa á moralizar y disciplinar los cuerpos de la guarnicion que formaban un total como de mil quinientos hombres, de los cuales no habia útiles para el combate mas que cosa de unos trescientos.

Las partidas de guerrilleros empezaron á llegar desde el siguiente dia, sujetándose de buen grado á la organizacion que se estaba dando al ejército independiente y cuando el dia 20 se alistaba Mina á salir con la vanguardia con direccion al Sombrero, se recibió la noticia de la catástrofe allí sucedida, la cual refirieron de varios modos los dispersos.

Como no habian llegado mas que unos cuantos que no podian dar razon de la suerte que habian corrido sus compañeros, él mismo se apresuró á salir del fuerte para ir á protejer á los que aún se encontra-

ran en los campos, tal vez sin saber cuál era la mejor direccion que podian tomar.

Apenas habia andado algunas millas cuando se encontró con Moreno y Bradburn que venian todos despedazados y enflaquecidos por el hambre. Mina se bajó del caballo y se dirigió á abrazarlos.

—¿Qué es lo que ha pasado, amigos mios?

—¡Qué noche tan horrible! le contestó Moreno, todo lo hemos perdido.

—¿En dónde está Young? preguntó Mina á Bradburn, buscándolo entre los extranjeros que allí venian.

—¡Muerto! exclamó Bradburn lacónicamente.

—¿Muerto mi valiente Young? dijo Mina sin poder contener las lágrimas.

Entonces Moreno le describió la escena de su muerte.

—Solo muerto Young se explica que se haya perdido el fuerte, exclamó Mina sin tener en cuenta que podia ofender el valor de los que le escuchaban, él hubiera encontrado siempre algun recurso para salir airoso de la mas mala situacion.

—Si él no ha muerto en aquel instante, dijo Bradburn corroborando las palabras de Mina, una hora despues hubiéramos sido dueños del campo enemigo, pues ya estaba en completo desórden.

—¿Cuántos más se han salvado?

—Nosotros somos treinta y uno, le contestó Moreno; pero es probable que algunos otros se hayan ido á buscar á Ortiz por el rumbo de Lagos.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró Mina, qué fatalidad tan grande ha sido esta. Pero luego fijándose en el estado macilento de los escapados del fuerte del Sombrero, agregó: aunque sea aquí mismo en medio del campo es preciso que ustedes mitiguen algo su necesidad.

Y mandando en el acto que se improvisara una tienda formada con las lanzas, se tendieron sobre el suelo algunos víveres frescos que los del fuerte no habian visto ni saboreado en muchos dias, los que, más que comieron, devoraron con la hambre rezagada que tenian y con la circunstancia más grave aún, de que ni en todo el dia anterior 19 ni en la mañana y resto del 20, eran ya las cinco de la tarde y no habian podido probar un solo bocado, ocupados en las últimas horas mas en burlar la persecucion de las partidas de caballeria enemiga que en procurarse el menor alimento.

Apenas los gefes y oficiales de la escolta de Mina habian obsequiado modestamente á los pequeños restos salvados del fuerte del Sombrero en la tienda improvisada, á la vez que los soldados tomaban su rancho haciéndose las sombras que podian entre los cuerpos de los caballos, cuando la avanzada que se habia colocado por el rumbo de donde venia la persecucion dió la voz de alarma.

—¡A caballo! gritó Mina con voz vigorosa.

Y él mismo acudió á ponerse al frente de sus soldados.

Como se habian traido algunos caballos ensillados á prevencion, tanto Moreno como Bradburn y sus

compañeros se encontraron luego montados formando parte de la tropa insurgente.

En efecto, á menos de una milla de distancia, se divisaba una gruesa polvareda que solo podia ser levantada por una fuerte columna de caballeria que viniera al galope.

El campo era descubierto y no habia mas recurso que esperar el choque á pié firme, pues emprender la retirada era indigno de Mina, que nunca contaba el número de los enemigos é impracticable allí en donde prontamente podian ser alcanzados.

Resuelto el combate, Mina encargó á Moreno la retaguardia compuesta de veinte hombres, á Bradburn la izquierda con cuarenta hombres, al capitan Pinto la derecha con veinticinco y él ocupó el centro de la batalla con su escolta compuesta de diez y ocho buenos dragones.

—En el momento en que hagan alto, dijo Mina con voz fuerte, nos lanzamos nosotros.

Ya tenia previsto que el gefe que mandara aquella columna enemiga, tan pronto como viera una fuerza en actitud de hacer resistencia, habia de detenerse á tomar sus medidas.

Así sucedió en efecto: luego que la caballeria realista estuvo á unos cincuenta pasos de Mina se detuvo, y entonces fué cuando este se lanzó á dar la carga con todo ímpetu.

La caballeria realista se componia de más de tres cientos hombres mandados por un gefe distinguido y sereno que siempre se hizo notable por su denuedo

así como por su moderacion, el cual se llamaba D. Anastasio Bustamante, mientras que el total de la fuerza de Mina no llegaba apenas á cien hombres, ciento treinta á lo más contados los dispersos del Sombrero que se encontraban bien fatigados para poder pelear, y por lo mismo, aunque el primer choque fué terrible lográndose desordenar el centro de la columna realista, pronto la presencia de ánimo de Bustamante logró hacer que sus subordinados se repusieran y entonces comenzó una refriega en que todas las probabilidades se encontraban en favor de este, que por su mayor número de hombres y por estar mejor armados y disciplinados comenzaban á envolver á los insurgentes, cuando de la manera mas inexperada se presentó Ortiz con cuatrocientos de los suyos, lo cual hizo que Bustamante ordenara la retirada, la cual vino á ser mejor protegida por las sombras de la noche.

Un oficial y cinco soldados de los de Bustamante quedaron en poder de Mina y como estaba tan fresca la sangre de los fusilados del Sombrero, cuyas noticias daban los mismos prisioneros y como en el campo insurgente no se respiraba mas que un vivísimo deseo de venganza, el generoso caudillo español no pudo menos que pagar tributo á las pasiones humanas, diciendo:

—Que al oficial se le fusile; pero que los pobres soldados sean puestos en libertad. Esos infelices no saben ni contra quien combaten ni las ignominias que defienden.

Y cuando el oficial realista fué fusilado sobre la

marcha, Mina exclamó con una profunda afliccion pintada en el semblante:

—Esta es la primera sangre que yo mando derramar en represalias. ¡Pluguiera á Dios que fuera la última!

Como los realistas se habian vuelto á organizar y era fácil que volvieran á la carga, se dispuso luego la marcha para el fuerte de los Remedios en donde Mina, Torres y Moreno discutieron el plan de operaciones militares que habian de seguir, supuesto que desembarazado el ejército de Liñan del sitio del fuerte del Sombrero, era seguro que no deberia de tardar en presentarse á la vista de San Gregorio.

Habia como unos trescientos hombres de caballeria que iban á ser inútiles encerrados en el fuerte, con estos se ofreció Mina á expedicionar en los contornos, tanto para estar llamando constantemente la atencion del enemigo, como para estar conduciendo víveres al fuerte en caso que le fuera posible.

El padre Torres comprendiendo que lo que principalmente deseaba Mina era encontrarse fuera porque le repugnaba en extremo el papel de sitiado, le dijo:

De esa operacion puede encargarse Ortiz y mis otros guerrilleros que conocen el terreno, para que no quede expuesto vuestra excelencia que es nuestra cabeza principal.

—¿Expuesto á qué?

—A ser cogido por los realistas que es lo que pretenden principalmente.

—¿Cómo?

—Han interceptado los mios un correo de Apodaca, cuyas cartas no se ocupan de otra cosa mas que de vuestra excelencia.

—¡Ah! desearia ver esas cartas.

—Aquí están.

Mina cogió los papeles interceptados, y en efecto, todas las cartas de Apodaca tanto á Liñan como á los demas gefes á quienes escribia, no se ocupaban mas que de recomendar á todo trance la captura de Mina y de los extranjeros que lo acompañaban, ofreciendo á los que lo lograran muy grandes recompensas. Pero en uno de los pliegos leyó Mina lo siguiente que no dejó de llamarle sériamente la atencion: "No se admiten á capitulacion los fuertes, decia el virey, ni ningunas tropas de los rebeldes, desechando cualquiera propuesta que no sea rendir las armas á discrecion, y aún en caso de ser así ó en el de ser tomados los fuertes á viva fuerza, solo se castigará con pena de muerte al traidor Mina, á los que vinieron con él, extranjeros y españoles, y á los cabecillas principales de los rebeldes, diezmando á los demas y el resto de prisioneros que queden vivos y no tengan importancia serán mandados por seis años al presidio de Mexcala en la provincia de Nueva Galicia."

Mas empeño demostró Mina en separarse de un lugar donde comprendia que no tenia libertad para hacer avance alguno y en donde ademas se veria ligado y estorbado en sus determinaciones por la voluntad del padre Torres, que era al fin y á la postre el due-

ño de todas aquellas chusmas, puesto que de sus buenos soldados ya no le quedaban ni siquiera veinte, fuera de unos ocho oficiales y de sus dos asistentes.

Entonces para alhagar al padre Torres y como para dejarle rehenes que le satisfacieran, le dijo:

—Aquí se quedarán para auxiliar sus operaciones, Novoa, Bradburn y demas oficiales y soldados que traje de Galveston, que le servirán mucho, pues todos saben algo de ingenieria y de fortificacion, no llevaré conmigo sino á los que despues se nos han venido uniendo en el pais que algo conocen del terreno, pues mientras que yo no tengo aptitudes para pelear detras de trincheras, sí me considero capaz de verificar maniobras en el campo que desconcierten al enemigo.

—No podrá vuestra excelencia hacer maniobra alguna militar con esa gente, le significó el padre Torres.

—Lo sé, amigo mio, demasiado bien que lo sé; pero menos podrán manejarla algunos otros y hasta es fácil que la dejen perder si no la animan ni la inspiran confianza. Yo respondo de que si no me desbaratan esa caballeria en los primeros combates, despues de quince ó veinte dias contaré con una columna aguerrida con la cual se podrán emprender arriesgadas empresas.

—Pues sea así, contestó el padre Torres.

En seguida convinieron en las contraseñas y demas puntos secundarios de la terrible campaña que iban á sostener, separándose el 25 de Agosto, dos

dias antes de aquel en que debia presentarse Liñan con su ejército al frente de San Gregorio.

Mina llevaba cerca de unos quinientos hombres montados, no todas en buenos caballos ni con armas de fuego, aunque á ninguno les faltaba la reata, instrumento terrible en sus manos, ni la lanza, con la cual hacian tambien destrozos, luego que volvia caras el enemigo. Estas fuerzas así indisciplinadas eran muy útiles para comunicarles el primer impulso, pues siempre atacaban con gran vigor; pero era necesario que no encontraran resistencia, pues en donde no se desorganizaba la columna atacada al primer embate, resistiéndose á pié firme, con seguridad se desordenaban no pensando ya mas que en la huida. En cambio daban la primera carga á la lanza con gran intrepidez y generalmente era esta decisiva; pero cuando se encontraban con un gefe sereno que sabia formar cuadro ó descargar á tiempo botes de metralla, volvian atrás despavoridos y ya nadie los hacia volver al combate ni habia medio de persuadirlos de que otro pequeño impulso era bastante para alcanzar la victoria. Cuando el enemigo era derrotado en el primer ataque, no escapaban ya de la reata y la lanza sino los que tenian muy buenos caballos ó se rendian á discrecion implorando gracia, seguros de que nunca daban la muerte á ninguno que se rindiera y por eso fué que siempre los insurgentes tuvieron muchos cientos de prisioneros.

Juntamente con Mina habia salido del fuerte D. Pedro Moreno, persuadido de que tampoco podria

llevarse bien con el padre Torres y de que serviria mucho al gefe español con el conocimiento del terreno y de los cabecillas que iban á estar á sus órdenes.

Tomó toda aquella fuerza el rumbo de la hacienda del Tlachiquero en donde debia estarlos esperando Ortiz (á) el Pachon, con unos trescientos hombres de fuerza un poco más aguerrida. Con ellos debian tambien encontrarse, segun las noticias llegadas á los Remedios, muchos de los dispersos del fuerte del Sombrero, entre los que esperaba Mina ver á algunos de sus oficiales á quienes profesaba mas cariño y que consideraba salvos.

En la primera jornada despues de haber tomado un ligero almuerzo debajo de los árboles, tomó del brazo el general Mina al capitan Adrian Pinto y lo llevó á un arroyo inmediato, cerca del que lo invitó á sentarse sobre el césped.

—He traido á usted aquí, amigo mio, porque quiero que tengamos una pequeña conversacion muy privada.

—Vuestra excelencia sabe que siempre estoy á sus órdenes.

—Nada de excelencia entre nosotros, somos amigos y nada mas. Pues bien, me extraña mucho que no tengamos noticia ninguna de Victoria, de Bravo, de Guerrero y de tantos otros gefes independientes que yo sabia estaban con las armas en la mano y gozaban de gran prestigio entre los mexicanos, pareciéndome más raro todavia que la Junta de gobierno de Jauji-

lla no pueda tampoco decirme nada sobre el particular por mas que se lo pregunto.

—Yo no sé nada de lo que pasa entre todos ellos, contestó Pinto, estando tan recientemente acogido á sus banderas; pero comprendo que si no nos ha llegado ningun enviado de ellos, es porque todos los caminos están interceptados.

—Es verdad que no están con Liñan, siguió diciendo Mina, todas las fuerzas del gobierno; pero indudablemente este tiene que mantener fuertes guarniciones tanto en México como en las otras ciudades. En consecuencia, al estar nosotros distrayendo de seis á ocho mil hombres del ejército activo, es claro que aquellos han de sentirse menos hostilizados y mas libres para organizarse y emprender operaciones.

—Asi lo creo tambien, general, y aún he oído decir á algunos oficiales de los independientes que saben que mucha gente se está levantando por las provincias del Sur, así como por las de Veracruz y Oaxaca.

—Así es de creerse que sucederá luego que vean que tenemos por acá entretenidas tantas fuerzas del gobierno. Pues bien, ya que ellos no vienen á nosotros he pensado en que nosotros vayamos á ellos, y para ese efecto, he pensado emplear la astucia, el valor y las buenas dotes que en usted concurren, capitan Adrian Pinto.

Por más prevenido que estuviera este á esperar las órdenes temerarias que solia darle Mina, en esta

vez no pudo menos de sorprenderse y se quedó mirándolo.

—He dicho capitan como podia haber dicho coronel ó mariscal, pues que será usted lo que quiera cuando triunfemos, si es que llegamos á trinnfar. Ahora los títulos, segun le he dicho en otra vez, no tienen ninguna importancia.

—Mi general, contestó Pinto ya repuesto, estoy á sus órdenes.

—Deseo que ahora mismo se separe usted de nosotros sin que nadie sepa el objeto, porque seria peligroso que lo supieran, y para que se haga usted conocer de Bravo principalmente, que es el que deseo atraer á mis filas, aquí tiene usted una contraseña. Es un anillo que él mismo me mandó con un primo suyo cuando todavia me hallaba en Galveston. Al presentarle usted ese anillo le dice que está comprometido á traérselo con la fuerza de que pueda disponer, lo cual no le será tan difícil á él que conoce el pais y el género de campaña tan lenta que hacen las tropas del gobierno.

Dió otras muchas instrucciones á Pinto, recomendándole toda la prudencia posible, y que en el caso de llegar á México lo hiciera solo de noche y con el mayor sigilo, procurando ponerse en contacto con Iturbide que, segun sabia, estaba conspirando en favor de la independencia.

Por la noche, cuando la fuerza estaba entregada al descanso, Mina en persona sacó á Pinto del campamento, abrazándolo tan tiernamente como á un hijo cuando se despidieron.

—Tengo el presentimiento de que no nos volveremos á ver, murmuró Pinto poniendo su caballo al galope.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA